

lla. Cuando Agostoni analiza el sentido del progreso en México, observa que los reformadores se dieron cuenta de que era más fácil construir un ferrocarril que cambiar los usos y costumbres. Como nota con agudeza la autora, en el cuadro de José María Velasco, “Puente curvo del Ferrocarril Mexicano en la cañada de Metlac”, está el tren pasando por la obra de ingeniería maravillosa que era el puente sobre una barranca muy profunda, símbolo de la modernidad, pero brilla por su ausencia un mexicano, tal vez el máximo obstáculo al progreso deseado. Habría que describir la continuidad de estos esfuerzos por modernizar la ciudad y hasta dónde llegaron. Ojalá que la persona que emprenda ese trabajo lo haga con la misma dedicación que la autora, con un aparato crítico e índice temático y onomástico igualmente meticulosos y bien hechos.

Anne Staples

El Colegio de México

AIMER GRANADOS, *Debates sobre España. El hispanoamericanismo en México a fines del siglo XIX*, México, El Colegio de México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 2005, «Ambas Orillas», 381 pp. ISBN 968-12-1158-8

El hombre de la situación (1861) la segunda novela de Manuel Payno, cuenta que don Fulgencio embarcó en Cádiz a su vástago con el propósito de recoger “un poquillo de oro”,¹ Flojo, marrullero y fanfarrón, Fulgencio “el chico” encontró acomodo como criado de escoba en un cajón de ropa del Parián, propie-

¹ Manuel PAYNO, *El hombre de la situación*, prólogo de Adriana Sandoval, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2002, «Obras completas XIII», p. 31.

dad de los honrados, laboriosos, ahorrativos y muy prósperos gemelos gallegos José Pascasio y Pascasio José Aguirrevenguren (el primero radicado en Cavite, Filipinas). Aquél murió soltero dejando una cuantiosa fortuna. El sermón no dejó de evocar su gran corazón: “un día[...] habiendo recibido una moneda de oro en vez de la de plata, buscó a la compradora para advertirle la equivocación y no habiéndola encontrado, resolvió dar la mitad del valor de la moneda a los pobres”. A continuación el cura avanzó una metáfora iluminadora: “al vender el terciopelo morado, recordaba a Jesucristo en la cárcel; al doblar el damasco carmesí, hacía conmemoración de los azotes, y al medir la sempiterna negra, no podía sino estremecerse con los dolores que sufrió al pie de la cruz nuestra Madre Santísima”.² Destrozado por la irreparable pérdida, ni ver duplicada su riqueza por la inesperada herencia atenuó el dolor de Pascasio, el del Parián, quien falleció al poco tiempo. Una vez separadas algunas cantidades en metálico para el pago de obras pías y subvención de unos niños apadrinados, Fulgencio el chico, de 27 años de edad, recibió los bienes de los trabajadores, ahorrativos y piadosos peninsulares: había hecho “la América”.

Con menos humor, otros liberales, como Ignacio Ramírez y Guillermo Prieto, concibieron a la herencia española como un lastre del que había que deshacerse, pues había limitado el desarrollo económico del país, al instaurar monopolios y no generar innovaciones industriales, e inculcado una religión que poco ayudaba a examinar la realidad. En igual sentido se pronunciaron los pensadores socialistas (Victor Considerant, Plotino Rhodakanaty y Nicolás Pizarro, por ejemplo), para quienes la estructura agraria implantada por los españoles era fundamentalmente feudal. Los socialistas vieron al indio como objeto de la regeneración social y a la vez como sujeto histórico.

² PAYNO, *El hombre*, pp. 78-79.

La historiografía y la literatura románticas, afanosas en afirmar la identidad nacional, tendieron a enfocar la independencia política como una reedición de la conquista, pero con un final feliz, en que los insurgentes liberaban a los pueblos originarios, de la dominación ibérica. Enrique Florescano ha señalado con razón que *México a través de los siglos* (1882) es el primer intento de consideración por ofrecer una historia en la que se asimilara la realidad del mestizaje.³ Por su parte, Andrés Molina Henríquez en *Los grandes problemas nacionales* (1909) además de una crítica del latifundio, hizo una sociología del México mestizo.

El libro de Aimer Granados, *Debates sobre España. El hispanoamericanismo en México a fines del siglo XIX*, documenta el esfuerzo opuesto, es decir, cuando en México se asumía el mestizaje y se avanzaba en su caracterización, desde la Península se difundía el hispanoamericanismo como una ideología racionalizadora del fenómeno colonial.

Después de ofrecer un mosaico con las imágenes mexicanas y españolas acerca del otro, de la violencia habitualmente verbal y a veces física que las acompañó, y de adelantar que la hispanofobia abonó el terreno en que germinó el nacionalismo mexicano, el autor identifica tres coyunturas que contribuyeron a la formulación del hispanoamericanismo finisecular: la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento colombino, el desastre de 1998 y el Congreso Hispanoamericano de 1900.

De distinta densidad histórica, estos eventos favorecieron y expresaron la política de acercamiento de la monarquía española con las Repúblicas americanas independientes. La fiesta del centenario estuvo impregnada por la nostalgia: trató de recordarle al mundo, especialmente a Estados Unidos y a las potencias europeas, que en el pasado España había sido un imperio de dimen-

³ Enrique FLORESCANO, *Historia de las historias de la nación mexicana*, México, Taurus, 2002, p. 370.

siones planetarias, capaz de difundir su lengua y su cultura en todo un continente.

El hispanoamericanismo, muestra Granados, se gestó en la Península, pero se reformuló en América al insertarse dentro de disputas intelectuales ya viejas. El lenguaje común ofrecido por la filosofía spenceriana, aunque con elementos de las corrientes metafísicas que no viene ahora al caso comentar, aligeró su travesía por el Atlántico. El autor destaca una matriz conservadora, donde la raza, la historia y la lengua, conforman los asideros teóricos. Éstos fueron el fundamento para elaborar los conceptos capitales: "raza española" o "latina" según cada autor, "imperio espiritual" y "madre patria", por sólo citar los principales. Dentro de este marco interpretativo el otro ya no es el mexicano, como en las visiones mutuas que presentó el autor en la primera parte, sino Estados Unidos. Hemos pasado ahora a un conflicto ya no entre individuos, sino entre Estados, donde la oposición es la de la raza española con la «raza sajona», el imperio espiritual *versus* el imperialismo y la madre patria, frente a la madrastra del norte.

No sorprende que este discurso tan precario sedujera a los tenderos de la junta patriótica española de México, que llegaron incluso a circular un documento que encomiaba la odisea de haber "arrancado de la barbarie" a los pueblos originarios (p. 162), tampoco que prendiera en el porfiriato, donde se configuraron algunos de los prejuicios raciales aún supervivientes en la sociedad mexicana, lo que llama la atención es que arraigara en un segmento de la intelectualidad cuando la discusión sobre este asunto parecía superada. Insisto en esto porque la Ilustración ya había incorporado al pasado prehispánico dentro de la historia mexicana, y el romanticismo les había dado a los indígenas un lugar en el periodo nacional. Francisco Pimentel y Manuel Orozco y Berra estudiaron las lenguas autóctonas y buscaban establecer patrones lingüísticos generales; y Justo Sierra trazó

una síntesis en que el elemento indígena formaba parte de un devenir nacional dotado de sentido e inscrito en el flujo universal. En cambio, los hispanoamericanistas los volvieron a expulsar de la clase de historia.

La figura más conspicua del hispanoamericanismo mexicano, nos dice Granados, fue Francisco G. Cosmes, quien descubrió que “la creciente oleada sajónica” (p. 181) constituía un peligro para la nacionalidad mexicana y únicamente el hispanoamericanismo podría precavernos contra ese mal. Esgrimió con certeza científica la “ley de la herencia” de “caracteres sociológicos” que demostraba, de manera contundente, que los nexos entre América y el viejo continente eran indestructibles (p. 179). En esta lógica, los caracteres sociológicos indígenas carecieron del vigor suficiente para fijar su herencia o, incluso, eran genéticamente incompatibles.

Los artículos publicados por Cosmes en *El Correo Español* llaman la atención por la radicalidad de su postura. Llegó más lejos que cualquiera de sus contemporáneos. Mientras Justo Sierra intentó todavía mejorar la situación material y cultural de los indígenas, o a José Tomás de Cuéllar le parecían prácticamente irredimibles, aquél de plano los borró del presente y del pasado como nos recuerda el autor: “De cara al mundo europeo ‘civilizado’, para nuestro periodista era prioritario negar, en la formación nacional mexicana, cualquier tipo de vinculación con el mundo prehispánico y, por ende, con las comunidades indígenas” contemporáneas (p. 232).

La tercera parte de *Debates sobre España* está dedicada a la enseñanza de la historia en los libros de texto del siglo XIX. El autor rastrea la pareja indigenismo/hispanoamericanismo en escritores como Luis Pérez Verdía, Guillermo Prieto y Genaro García, inclinados hacia el primero, y Vicente Riva Palacio, Justo Sierra y José María Vigil, interesados en ofrecer una visión más ponderada de la conquista. No cita ningún libro exclusivamente

hispanoamericanista, haciéndonos pensar que la presencia de esta corriente fue, sobre todo, en la prensa y, específicamente, en la de la colonia española. Con todos sus defectos e inconsistencias argumentales la historia liberal, cultivadora de la leyenda negra de la colonia fue la que a final, perduró, ganándole la partida al hispanoamericanismo cuando menos en el imaginario colectivo.

Para finalizar quisiera hacer un breve recuento de las imágenes de Estados Unidos y Europa en la historia y la novela histórica de la segunda mitad del siglo XIX, imágenes que podríamos montar en un carrusel: con la guerra de 1847 a Estados Unidos se le repudia y algunas plumas claman por un acercamiento con Europa; durante y después de la intervención francesa se denosta a las potencias europeas y el imperio del norte es rescatado como garante de la libertad nacional; en el porfiriato vuelve de nueva cuenta el rechazo hacia Estados Unidos y revive la simpatía por Europa. España es temporalmente indultada como bien expone el autor. La Revolución la volvería una vez más la villana favorita.

Debates sobre España apunta cosas nuevas e ilustra mejor otras ya conocidas. En el primer caso me parece que está la parte correspondiente al hispanoamericanismo. Dentro del otro incluiría las secciones dedicadas a las percepciones recíprocas y a la historia nacional. Ahora, con el estudio realizado por Ricardo Pérez Montfort sobre el hispanismo de la posrevolución,⁴ tenemos una perspectiva amplia de esta ideología poco elaborada y periférica, impermeable a los cambios y quizá por eso durable, simple y siempre a mano. Debemos agradecer a Aimer Granados que nos lo recordara.

Carlos Illades

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

⁴ *Hispanismo y falange. Los sueños imperiales de la derecha española*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.